

SUMISION POR AMOR A LA VOLUNTAD DE DIOS

Viernes Santo, 23-3-1883

Mis queridas Hijas:

Hablamos hace quince días de la sumisión del hombre a la voluntad de Dios motivada por el espíritu de fe. No pude terminar, y quiero volver hoy a tratar de esta sumisión de la voluntad humana al Señor por amor y adoración.

¡Qué hermoso día es este, Hermanas mías, para adorar la voluntad humana en Nuestro Señor, esta voluntad cimentada en la más perfecta sumisión por el amor y la adoración; sumisión cruelísima, porque estuvo rodeada de terribles sufrimientos! Hay ciertamente en Nuestro Señor un alma humana, una voluntad humana, un corazón humano, que por la unión de la Santa Humanidad con el Verbo son dignos de nuestras adoraciones;

por esta razón podemos nosotros adorar el Corazón sagrado de Jesús.

Y he dicho que esta voluntad humana de Jesucristo, tan perfectamente sumisa, tan perfectamente inmolada, lo estaba sobre todo en el amor y la adoración. ¿Qué efecto causa el amor de Dios? Que se prefiera a Dios en todas las cosas, antes que a sí mismo. El honor de Dios, su gloria, sus intereses, su voluntad: ahí tenéis lo que se ama, lo que se busca y se desea realizar sobre la tierra; se vive como cosa inmolada, sacrificada a lo que ordena esa divina voluntad.

Mirad a Nuestro Señor en el huerto de los Olivos, en medio de esas angustias y de esa cruel agonía, dice: "Padre mío, no mi voluntad sino la tuya." No era una sumisión forzada, era la perfección del amor en la sumisión. Constantemente adoraba los designios de su Padre y se sometía y los cumplía hasta el fin.

En cuanto a la Santísima Virgen, contempladla en esa dolorosa Pasión; por amor, hace que su voluntad acepte el sacrificio de su Hijo y le ofrece al Padre celestial, de tal manera unida a la voluntad divina que jamás durante las angustias

que experimentó en la agonía de su Hijo, en la captura, la traición, las injurias, la flagelación y todos los dolores crudelísimos de la crucifixión. Ni un solo instante se apartó de esa voluntad divina, aceptando el sacrificio en toda su extensión.

Cuando meditamos la Pasión no debemos nunca olvidarnos del mal que la causa. Ese mal, que es el dolor más grande de Nuestro Señor durante su Pasión; ese mal, que la voluntad humana puede sufrir, pero no aceptar y jamás consentir; ese mal es el que rodea a Nuestro Señor en su Pasión: todos los pecados del mundo, desde el primer día hasta el último; todo lo que hay de maldad, de perverso, está allí representado; todos los demonios que están en el aire; todas esas horribles visiones que se manifestaron en su agonía le acompañaron también hasta la Cruz. Y la Santísima Virgen, tan pura, tan santa, tan alejada del mal, sabe, ve y conoce que su Hijo será inmolado para reparar ese mal y todos los pecados que pudieran cometerse. Y esto no es todo. No era bastante que el alma de Nuestro Señor viera durante su agonía en su amor y su sabiduría todos los pecados cometidos, sino que además constantemente estu-

vo rodeado de una multitud de criaturas que representan toda clase de pecados.

Está allí el traidor Judas: sacerdote, obispo, apóstol, que llega hasta traicionar a su Maestro, que se convierte en apóstata, traidor, abominable, sacrilego, profanando el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Prototipo de lo más horrible que existe. Sin embargo, vivía al lado de Nuestro Señor. El Divino Maestro lava sus pies y le da su Cuerpo y su Sangre; cuando le ve salir le dice: "Lo que tienes que hacer, hazlo pronto." Trata de conmover ese corazón endurecido. Finalmente, Nuestro Señor sufre el beso del traidor, ese beso que representa todos los sacrilegios que se cometerían en la Iglesia; todos los crímenes cometidos por las personas consagradas, las injurias de aquellos que pertenecen al Señor y deberían servirle. Nuestro Señor acepta ese beso sobre su mejilla y sólo encuentra para decirle estas palabras: "Amigo mío, ¿qué has venido a hacer aquí? Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del Hombre?" Era en verdad su amigo.

¡Qué odioso es el mal en una persona consagrada! Os exhorto a llenar vuestra voluntad de la aversión al mal: porque lo que sobre todo de-

bemos sacar de la meditación de la Pasión es precisamente este odio al pecado: desde el último de los pecados veniales hasta el mayor de los pecados mortales. Recordemos siempre que el pecado motivó el sufrimiento de Cristo. Su Sangre es el precio, el salario del pecado, y la Pasión era la reparación necesaria que entraba en el plan de Dios.

Al pie de la Cruz debemos, Hermanas mías, acostumbrarnos a imprimir en nosotras el horror a toda clase de mal; os lo repito, es lo más esencial de todo. Es necesario que tengáis tal horror al pecado que os parezca tan espantoso como lo era a los ojos del mismo Señor. ¿Cómo creéis vosotras que Jesús en la agonía, que María en el Calvario, veían el menor de nuestros pecados y hasta la más mínima cosa que deja en el alma cierto afecto al pecado? ¿Podéis pensar qué horror concebirían Jesús y María?

Imaginaos a Nuestro Señor capturado por Judas, atado con la más inaudita crueldad, entregado a criaturas peores que las bestias, entre las manos de una soldadesca grosera. ¿Podéis suponer una situación más cruel? Si os aconteciera ver echarse sobre vosotras una multitud, como ocu-

re en los días de revolución, y estar entregadas a ocho o diez hombres feroces, de los más crueles, de los más sanguinarios, abandonadas de todo el mundo, viendo huir a vuestros amigos, completamente solas en medio de vuestros enemigos, ¡qué tortura tan horrible sería para vosotras! Es necesario algunas veces hacer nuestras las circunstancias de la Pasión, para sentir lo que experimentaríamos entonces y concebir algo de lo que Nuestro Señor ha sufrido.

He conocido personas intrépidas, valientes, que durante la Commune habían estado prisioneras y me decían: "Si usted supiera, ¡cómo esto da una idea del infierno! Se está entregado en manos de malvados, que hacen de uno cuanto quieren, abandonado, sin recursos, aislado en el fondo de una prisión, no viendo en derredor suyo a nadie de quien esperar protección, nadie que pueda defendernos y salvarnos de manos de esos hombres crueles." Pues bien, Nuestro Señor padeció este gran sufrimiento: sentirse abandonado en manos de malvados, hombres criminales y sedientos de sangre: estuvo entregado a ellos desde su agonía hasta su muerte; por todas partes encontró en su camino otras criaturas, que son el tipo de toda clase de maldades.

Allí están otros sacerdotes, pero no sacerdotes de la nueva Ley, sino de la antigua: es a ellos a quien Dios confía su sacerdocio y comunica el secreto de su Ley, en ellos delega su poder y el gobierno de su pueblo. En el Evangelio aparecen primero los fariseos irritados, poseídos de un espíritu de venganza; después, los sacerdotes, entregando a Nuestro Señor por una negra envidia y un falso celo. Encontraréis en ellos el modelo de toda clase de vicios: el orgullo, el sacrilegio, la ruin envidia, que quiere saciarse de la sangre de Nuestro Señor.

Herodes también está ahí. Herodes, el hombre de los caprichos, de los placeres, porque no puede creerse que todo cuanto se relaciona con las satisfacciones carnales no fuese un objeto de horror, de dolor, de sufrimiento para Nuestro Señor Jesucristo durante su Pasión y también para su Santísima Madre.

Herodes, después de burlarse de Jesús, le devuelve a Pilatos. Este no parece ser un tigre sediento de sangre, pero es un hombre perdido por su conducta, abrumado por la cobardía, por el amor al placer, y, aunque no sea hombre cruel, no simpatiza con Nuestro Señor, que no quiso responderle. Pilatos, sin encontrarle culpable, le

entrega a los verdugos. Era necesario que hasta el fin se viera Cristo rodeado de maldad.

¡Vedle sobre la Cruz! Muere entre dos ladrones, y con todo su poder infinito, y a pesar de toda la intercesión de la Santísima Virgen sobre aquellos dos hombres, uno solo se convierte. Nuestro Señor no conquista más que a uno y sólo llevará con El una de esas dos almas. Tenía a su lado el triste espectáculo de la muerte impenitente, de la muerte de un réprobo. ¡Qué dolor! Era necesario que sufriese hasta el fin el pecado, la injuria, el insulto, todo lo que representaba los crímenes de todos los hombres.

Hermanas mías, hay que pensar a menudo en estas cosas, para ahondar en nosotras el horror al mal, hasta el menor grado, hasta la más insignificante sombra. Pero, puesto que el pecado se encuentra en la criatura, ¿cómo responde Jesucristo? Con el sacrificio; el sacrificio es el único camino para aplacar la justicia de Dios. Cristo repara ofreciendo sus dolores, su vida, su voluntad, todas las amarguras de su alma y todo lo que experimenta en El.

¡Qué triste espectáculo se le ofrece a esta inte-

ligencia vasta como el mar!, que ve el mal, los pecados del mundo; ¡tantas almas! que no se beneficiarán de su Sangre. Y ve en Judas los crímenes de otros Obispos, de los herejes, que la mayor parte eran obispos y desgarraron su Cuerpo místico, y de tantos sacerdotes infieles, sacrílegos.

¡Cuántos dolores también en su Corazón! Y estos dolores no empezaron sobre el Calvario, porque le fueron acompañando desde su agonía hasta su último suspiro. No tengo necesidad de hablaros de cuanto El sufrió en su ternura hacia la Santísima Virgen, en su amor a esos Apóstoles de los que el uno le niega, el otro le traiciona y todos los demás le abandonan.

En fin, sobre la Cruz, en ese último instante en que viéndose también abandonado de su Padre, grita: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Recorriendo en un instante todo cuanto pasa en su inteligencia, en su corazón, en su voluntad, en su divino cuerpo, todo esto le ofrece Cristo por el horror que tiene al mal. Y ya que en el Calvario no pudo salvar todas las almas, al menos la gloria de su Padre queda reparada, y como lo propio del amor y de la adoración es buscar, ante todas las cosas, el reparar el honor de

Dios, El se ofrece y se inmola por completo y cumple así la voluntad de Dios de la manera más perfecta, la más santa para que entre Dios y el género humano no quede ni la más ligera sombra de una separación.

Quiero insistir sobre dos cosas: la primera, el horror al mal bajo todas sus formas. Tenéis inclinaciones malas: examinad si es el orgullo, las faltas de caridad; mirad vuestras faltas, vuestros pecados, pensad si no hay todavía en vuestras disposiciones, en vuestra voluntad, alguna cosa que esté anclada, como costumbre viciosa, y entonces preparaos a sacrificarla poniéndola al pie de la Cruz.

En segundo lugar, que cualquier cosa que os aconteciere en vuestra vida, sea lo que fuere, los sacrificios que tengáis que hacer, digáis siempre a Dios que por amor preferís su voluntad divina a la vuestra; que lo que El quiere es lo que vosotras queréis, lo que a El le gusta a eso os adherís, que honrarle a El es el fin de vuestra vida, que vosotras sois poca cosa, que todo lo demás lo contáis por nada, todo es basura, que es Dios quien está en vuestra voluntad, en vuestro corazón, en vuestro pensamiento, en vuestras acciones.

Si os cuesta algún sacrificio, si sufrís, uníos a la Pasión de Nuestro Señor y decidle: "Dios mío, unid esto a los tesoros de la Iglesia; soy feliz sacrificándoos alguna cosa y completo en mí lo que falta a la Pasión de Cristo", según la gran expresión de San Pablo. ¿Qué puede faltar a la Pasión? Lo que falta es lo que pertenece a cada una de vosotras.

Si Dios os envía sufrimientos, imitad a Nuestro Señor aceptando el sacrificio o a la Santísima Virgen, perfectamente sumisa de corazón y de voluntad.